

## ¡TAMBIÉN ERAN PERSONAS!

(EPISODIO DEL AÑO 1809.)

I

No sé si con el mismo resultado, pero con la propia insistencia, parecía querer repetir el implacable Jehová con el misero pueblo, la prueba aquella de que, en días remotos, hizo blanco al pacientísimo Job.

Tan sin interrupción se sucedían las calamidades, que ya llegaba el caso de que los mermados vecinos de Fuencenceña, diesen por buena la desdicha de hoy, pensando en que tal vez podría ser mayor la de mañana.

Sin brazos las labores del campo, por haber salido del pueblo toda la gente útil, una parte a la fuerza, por mor de las levas decretadas por la Junta Central; otra, y no la menor, voluntariamente para incorporarse a las partidas, que en toda la provincia hostilizaban al francés; consumidos hasta los últimos recursos, por el trasiego de tropas que acudían a racionarse tan despótica é inconsideradamente cuando lo hacían a nombre del intruso José, como cuando lo realizaban invocando la legítima majestad de Fernando VII; era tal la miseria y aprieto de los desdichados serranos, que parecía increíble que se pudiera bajar ya peldaño alguno en la escala de los infortunios ó en la resbaladiza escalera de las penalidades.

Y sin embargo, después de haber sufrido el más espantoso esquilmo, de «nuestros queridos aliados» los ingleses, abandonado el pueblo, había sufrido el peor de los males en aquellos días; esto es, el francés había quedado dueño absoluto de él, mientras la naturaleza, pareciendo colaborar en la obra de destrucción, mandaba sobre Fuencenceña el invierno más rudo que los nacidos conocieron.

II

En honor de la verdad, fuerza es que se confiese, que no era tan bravo el león como las gentes le pintaban.

Quiero decir, que los «perros gabachos», distaban mucho de ser aquellos ogros insaciables de que todos hablaban; fuera por irse ganando poco a poco las voluntades, fuera porque su natural les inclinara á ello, lejos de ensañarse dándose á conocer como tiránicos y desconsiderados opresores, hasta trataban de socorrer, en lo que sus fuerzas lo permitían, las miserias con que á cada paso topaban.

Pero, que si quieres, Catalina. El patriótico odio de los españoles no se amansaba y si es verdad que el hambre hacía aceptar á veces el bocado de pan, que los soldados franceses se quitaban de la boca, los más afeaban aquella conducta con los más duros calificativos, y sólo se regocijaban, cuando sabían que alguna partida había zurrado las liendres á un destacamento enemigo.

Es más, como les fuera dado ocasionar molestia alguna á sus huéspedes, no perdían medio de mostrar á las claras un aborrecimiento que hacía á veces pasar las de Caín, no ya á los simples soldados, sino hasta á los jefes y oficiales del batallón de línea que guarnecía á Fuencenceña.

III

La que mayores alardes hacía de aquella implacable malquerencia, era la tía Pugitos, pobre mujer á quien aquella maldecida guerra había trocado, de mansa como una oveja que hasta allí fuera, en más áspera y desabrida que cardo borriquero.

Verdad es que había razón para ello. Sumida en la miseria por la tala de sus predios, sola por la pérdida de su marido, muerto de un balazo en los primeros encuentros de la guerrilla en que había tomado puesto, la que había sido envidiada de todos en diez leguas á la redonda, sin casa ni hogar, se veía ahora reducida á la triste condición de ir de puerta en puerta mendigando un pedazo de pan, más que para ella, para el chichuelo de cinco años que llevaba siempre pegado á la saya, y que era el único bien de que no la había privado su implacable destino.

Eso sí. Ella sí que podía alabarse de no deber nada al francés. Como que la única vez que había

puesto la mano encima de su hijo, fué un día en que el chiquillo, que hacía muchas horas que no probaba bocado, había tendido la mano, para tomar un pedazo de pan de munición que le ofrecía un sargento de granaderos, que probablemente pensaría en aquel momento en otro rapazuelo de aquella edad, que el Emperador le había hecho dejar sabe Dios por cuanto tiempo, en una aldehuela de Francia.

¡Poco que gozó la tía Pugitos en otra ocasión, en que después de un encuentro que en las cercanías habían tenido los franceses con los nuestros, empezaron á entrar en el pueblo heridos y más heridos, que no entraban ni agua que templara la sed devoradora de la fiebre!

Tanta saña mostró entonces, que hasta los mismos vecinos la reprochaban unos sentimientos que nada de humanos tenían.

Pero lo que ella decía, cuando escondía debajo de tierra hasta el último harapo de que pudiera hacerse una hila, con que templar los dolores de los pacientes:

—¡Que revienten! ¡Los franceses no son personas!

IV

Todavía peores que el invierno, fueron los primeros asomos de la primavera.

El deshielo de las nieves acumuladas en las cumbres vecinas, hizo crecer de tal modo el menguado arroyo que baja hasta la llanada en que Fuencenceña está colocada, que una noche, cuando más descuidados estaban los pobres serranos, las aguas, subiendo con la furia asoladora de una tormenta, comenzaron á barrer las débiles casuchas que les servían de albergue, pudiendo darse por contentos los que, ya que no su misero ajuar, pudieron salvar no sin trabajo sus vidas.

Y la que entre tantas miserias partía el alma más que todo, era la desesperación de la desgraciada tía Pugitos.

Dormido había dejado á su hijuelo en un caramanchón de una de las barracas más cercanas al arroyo, para ir á buscar unos mendrugos con que acallar su hambre, cuando al llegar vió obstruida la entrada por las aguas.

Estas subían y subían, no había medio de contrarrestar su furia, y de un momento á otro, desplomado el frágil edificio, iba á sepultar entre sus escombros aquel pedazo de sus entrañas, aquel sér, única cosa que la ligaba á la vida.

Y tan inútil era que ella misma quisiera salvar aquella líquida barrera, como que apelara á la caridad de los otros. Los más fuertes comprendían que intentar salvar al niño, era correr á una muerte segura.

Sus lamentos partían el alma; pero nadie osaba hacer cosa que no fuese impedirle que se lanzara á un peligro tan esteril como horroroso.

De pronto, sin embargo, un mocetón robusto como un trinquete y ágil como un corzo, se despojó del pesado capote que le envolvía, y se precipitó denodado en busca de la puerta de la barraca, que las espumas de la corriente ocultaban por completo.

Al verle desaparecer, un grito de horror salió de todas las gargantas. No hubo una sola persona que no le creyera perdido.

No obstante, á los pocos segundos, una de las ventanas se abrió con estrépito y el desconocido salvador se lanzó á la corriente con un envoltorio en los brazos.

¡Ya era tiempo! En aquel momento la casucha, falta de cimiento, se vino al suelo hundiéndose en las aguas, como un castillo de naipes.

V

Sólo cuando la tía Pugitos apretó contra su seno á su hijo, pudieron todos reconocer al desconocido salvador, que no era otro que aquel sargento que en una ocasión quiso compartir su pan con aquel chichuelo, que ahora le debía la vida.

La pobre madre, por toda muestra de agradecimiento, sólo pronunció estas palabras, que parecían querer llegar al fondo de todos los corazones:

—¡Son personas! ¡Son personas!

ANGEL R. CHAVES



## JOSEFINA HUGUET

La hermosa diva cuyo retrato embellece esta página, tenía sólo quince años cuando debutó en nuestro Gran Teatro del Liceo, con el papel de Micaela, en la ópera *Carmen*; conquistando desde luego todo el favor y aplauso del público, por su hermosa voz, excelente escuela y agraciada figura.

Nueve años han pasado desde entonces, y su vida artística, en este intervalo, ha sido, tal como sus admiradores habían profetizado, una serie no interrumpida, creciente, de triunfos.

En la actualidad cuenta, pues, veinticuatro años, y se halla en la plenitud de sus facultades y en el apogeo de su belleza.

Consecuentes en nuestro sistema de no prodigar, por cuenta propia, elogios que podrían tacharse de apasionados, á los artistas de la tierra, nos concretaremos á reproducir en estas líneas, los juicios que, referentes á nuestra insigne compatriota, han emitido autorizados críticos de periódicos extranjeros. Ellos son los que hablan.

En todo tiempo ha habido excelentes cantantes; pero es raro ver reunidas en una sola todas las cualidades necesarias para constituir una verdadera estrella del arte. Una de esas privilegiadas criaturas dió España al mundo musical, en la persona de Josefina Huguet. Voz de oro, ejecución perfecta, pureza de estilo, potencia dramática, espléndida belleza; todas estas prendas posee en armonioso conjunto la artista española; merced á las cuales, figura entre las celebridades internacionales que en más alto grado despiertan el entusiasmo de los filarmónicos.

Con ser tan joven, ha pisado los mejores escenarios de ambos continentes. Todo el mundo sabe que el ruseñor español — dice el crítico de quien tomamos la frase, — ha hecho en varias temporadas las delicias de Rusia. En Milán

creó la ópera *Lakmé*, con un éxito colosal. En Roma, Turín, Barcelona, Valencia, Madrid, Cádiz, Málaga, Granada, Sevilla, Zaragoza, Bilbao, Santander y Oporto, públicos tan distinguidos como inteligentes, han prodigado entusiastas ovaciones, lo propio que en Varsovia y Odessa, donde el entusiasmo rayó en delirio.

Josefina Huguet fué una de las primeras estrellas que brillaron en las tres Américas: Buenos Aires, Chile y Caracas la colmaron de flores y joyas; en Nueva York, Boston y Filadelfia, consiguió que los auditorios, abjurando en determinados momentos de su comercial frialdad, se extasiaran ante la grandeza del divino arte.

Su repertorio es vastísimo y escogido, mereciendo especial mención entre las obras en que sobresale: *Dinorah*, *Julietta* y *Romeo*, *Faust*, *Carmen*, *Manon*, *Bohème*, *Traviata*, *Rigoletto*, *Sonámbula*, *Lucia*, *Don Giovanni*, *Fra Diavolo*, *Barbero de Sevilla*, *Hamlet*, *Linda de Chamounix*, *Falstaf*, *Lakmé* y *Mignon*.

Con respecto á esta última, bien conocida es la frase del célebre Ambrosio Thomas: «Las otras cantan *Mignon*; pero la Huguet es *Mignon*», que por sí sola basta para labrar la reputación de una artista.

Prueba irrecusable del aprecio en que la han tenido todos los públicos, son los regalos cosechados por la simpática y notable diva, en sus *seratas d'honneur*; tantos en cantidad y tales en calidad, que con ellos podría formarse un precioso museo.



Rindiendo justicia al mérito, único móvil que guía nuestra pluma, y como remate á estos pequeños apuntes, copiamos á continuación la bellísima poesía que los *Revisteros teatrales de Santander* dedicaron á Josefina Huguet, la noche de su beneficio en el teatro de aquella capital.

Vibración pura, argentina,  
que el espíritu levanta  
hacia la mansión divina;  
ritmo de un ave que trina;  
eco de un ángel que canta.

De la tristeza el acento;  
de la alegría el encanto;  
suspiro del sentimiento,  
cuando ahogan al pensamiento  
las oleadas del llanto.

Latido del corazón;  
beso de amor virginal;  
aleteo de ilusión;  
roce de ósculo ideal;  
plegaria de adoración.

Nota que, en poético vuelo,  
sorprende la santa calma  
que da bendito consuelo,  
y une las ansias del alma  
con las dulzuras del cielo.

Eso es tu voz, Josefina;  
eso es el rico tesoro  
de su emisión peregrina;  
juna música divina  
en un pentágono de orol

Por eso, grata memoria  
dejas en los que admiraron  
tu aparición transitoria,  
y con su aplauso aumentaron  
la grandeza de tu gloria.



I  
**C**ONFIESSO que se me avivaba la curiosidad cada vez que nos venía aquel pícaro con historias de su muñeca. Hoy un apunte, mañana otro, perfilándola siempre, iba adivinando y componiendo la figura: dulce, débil, nerviosilla. A la postre tuve una muñeca diferente, tal vez, de la de Francesco: porque en la ficción, los héroes no están hechos de barro como los personajes de la vida real, y pueden ser muy finos y sutiles, exageradamente hermosos y nobles, según quiera la fantasía que los forja. Ideado el tipo, no me costó mucho trabajo familiarizarme con él: le veía en la imaginación como si le tuviera delante de los ojos, y en cuanto Francesco me hablaba de su Muñeca destacábase la mía de su escondrijo, como radiación de luz, agitando, moviéndose, casi siempre apenada y triste, pues aquel tuno no solía tratarla con muchas consideraciones. Sí, por inverosímil que parezca, mi *Muñequita* se enfadaba y ponía hosca en oyendo una burla irreverente de su enamorado, ó si él no respetaba aquellos dulces secretillos de amor, pueriles y vanos en suma, pero de inestimable riqueza para la mujer. Descubríalo yo todo tal como lo digo, pero revelaré en secreto que la *Muñeca* no hacía sino reflejar mis propias sensaciones: ¡y mal haya quién lo tome á superchería ó invención, que el hecho no puede ser más natural y sencillito! A fuerza de ir pensando en la Muñeca de carne y hueso, á quien no conocía *materialmente*, simpatice con su persona, y la simpatía determinaba mi enojo contra lo que se hiciera ó pensara en su daño. Pregúntese á los psicólogos. No hay misterio alguno aquí.

La Muñeca quería mucho á Francesco; sabía lo por lo que él me contaba de sus acciones y de su carácter, y mi amigo solía martirizarla y hacerla sufrir. Lo peor, que ella confiaba en su buen corazón, y la verdad ante todo, Francesco no era malo, pero tampoco era bueno para la Muñeca. No merecía que le amase tan firmemente, digo por qué porque, aun complaciéndole en sus ilusiones, él no podía hacerla feliz. Su espíritu tosco, tornadizo y ligero no sabía comprender y apreciar aquel virgen tesoro de gracia y delicadeza; y en el matrimonio, no tardaría en verse el alma de la loca mujer sola, viuda, caída en los abismos de la desilusión. Si he de ser franco, no creía yo que Francesco la arrastrara á la catástrofe, que le diera definitivamente el feudo de su hogar. Mi amigo no pasaba de ser ave de paso, á semejanza de esos traidores que ven la hembra en la copa de un arbusto, abaten el vuelo, cantan su endecha de amor y abren las alas y se pierden en la lejanía azul. Más valía así.

Llegó por fin la crisis, y en ese período la *Muñeca* ideal sufrió recios sinsabores, angustias mortales, que acrecían mi sorda irritación contra el alevé. Francesco experimentó cansancio y desgana á lo pronto; después se inició el hastio, y era de prever que no tardase el rompimiento. El me lo explicaba todo, sin sospechar que si su cándida Muñeca no conocía el peligro, la mía estaba al cabo de la calle. ¡Hubiérase visto aquella figurilla ilusa, la imaginada por mí, revolverse ora soberbia de rabia, como si sufriese un crispamiento de nervios horrible, ora caída en espasmos de estupor! Repito que yo la veía fantásticamente, como si la tuviera delante de los ojos. La acariciaba y le decía: «esto pasará luego, la agonía será breve», porque claro está que como mi *Muñeca* no vivía ni alentaba sino por sentimientos y actos reflejos, en cuanto mi amigo rompiese con la Muñeca real y faltasen el calor de las confidencias y el medio ambiente que le era propio, la ficción se iría apagando con lentitud en el claro oscuro de los recuerdos.

Pero me equivoqué: la agonía fué muy larga. Francesco no sabía como dejar á su Muñeca, porque... porque temía hacerle daño. ¡Pobre niña! Provocaba él conflictos, ideaba pretextos, y cuanto más la atormentaba é insultaba, tanto más sumisa, humilde, apasionada, reverente, mostrábase ella. ¡Qué lucha de todas las noches, en cada cual decidido Francesco á

que fuese la postrera, y siempre derrotado por aquella mujer que prodigaba á manos llenas, sin proponérselo, instintivamente quizás, gracias con qué rendirle! Salía él hosco, mohino, febricitante de cólera, porque en la misma humillación á que la sujetaba descubría riquísimos veneros de ternura, deleitosas y no sospechadas grandezas de un espíritu sutil y de un corazón magnánimo y sin mácula, y la frase brutal (cien veces revuelta y arrojada á los labios para que la modulasen) deshaciase en la boca ahelándola... no salía. Lo que pasaba entonces era que, enternecido y ablandado á su pesar Francesco, entregábase con loca inconsciencia á transportes de cariño, que caían en el corazón de la virgen como fuego, avivándole el impulso de querer. ¡Cuando Francesco creía llegar á la fin del idilio dejábase más enamorada que nunca. Y es que la Muñeca se imaginaba inferior á su amante, no como dueña y señora de su albedrío, sino como esclava que es feliz cuando el amo se digna mirarla compasivamente. En los enfados que fingía Francesco no recelaba ella el artificio, sino que le declaraba siempre con razón para creerla culpable.

— Le tengo lástima — me decía Francesco, — porque si le pidiera la sangre, se abriría las venas. No sé cómo acabar, y sin embargo es preciso.

Apretando los puños añadió rabiosamente:

— ¡Si no le tuviera lástima!

Yo vi agitarse á mi *Muñeca* en la penumbra con airado estremecimiento, y repliqué:

— Acaba pronto; es infame que la hagas sufrir así. No la mereces.

Acres y duras debieron parecerle estas palabras, porque frunció el ceño. Había yo abierto brecha en su vanidad, y la pícaro no le dejaba descubrir cuán justo era mi reproche. No se me escapó el aire de reto conque me dijo:

— ¿Que nó?... Tú lo has de ver. Súbete mañana, entre siete y ocho, al Rondín Alto.

II

Los dos amantes paseaban todas las noches por los jardines del Rondín, aprovechando aquel sitio silencioso, cuasi obscuro, en que tenían enredaderas olorosas, jazmines que perfumaban el ambiente y bancos rústicos donde charlar con más sosiego: conocía yo aquel escondite, pero nunca fui á visitarlo para que no pareciera que sorprendía á mi amigo. El banco señalado para esperar estaba en un recodo de los andenes, y á través de las hojas de los árboles filtrábase tímidamente la luna produciendo un claro oscuro tentador; el lugar resultaba apetecible, pero mi amigo era demasiado grueso para ser romántico.

De allí á poco llegó la pareja y se acomodó cerca de mí: habíamos pactado no reconocernos para que yo pudiese atisbar con más holgura. Haciéndome el distraído examinaba de reojo á la Muñeca: guardaba no sé qué aire de la mía, pero era menos esbelta y graciosa; tenían, sin embargo, las dos la propia palidez de muerte y el mismo tinte mate en los cabellos; los ojos tan azules, pero los de la Muñeca real más vivos, más ardientes y apasionados, y al recoger las pupilas — lo cual hacía con desusada frecuencia — creeríanse dos puntas de alfiler que se clavaban en la carne. Estaba siempre seria, y me pareció dolorida y triste; pero escuchaba á su amado atentamente, como si él hablara cosas peregrinas y profundas que le iluminasen el espíritu.

A decir verdad, también á mí me tenía pasmado Francesco con su charla; nervioso, exaltado, tocaba todos los registros de la ternura y parecía aquella noche loco de amor. Hablaba de su cariño con tal apasionamiento, que me hizo dudar, y de cuando en cuando, la frase era balbuciente, el período obscuro y la voz fatigosa: comprendí que trasteaba en su cerebro una idea que él no sabía como traducir y que le producía escalofríos.

La luna estaba más alta y caía ya de lleno en el ambiente, bañándonos de luz tibia y suave; me puse á mirarla de hito en hito, entornando los ojos. Of que Francesco decía:

— «Duermes.»

Apagó la voz como si no quisiera despertarme, pero en realidad á él no le importaba mi sueño: era la idea vergonzosa que le abrasaba el cerebro y se le helaba en los labios: lo comprendí, porque la Muñeca repetía asustada:

— Más bajo, no grites...

Y eso que maldito si podía yo entenderle. Volví los ojos disimuladamente: Francesco estaba cuasi pegado al rostro de la niña, y tenía la cara como ascua de fuego por lo encendida y roja; la Muñeca, no menos ruboriza-



da, había doblado la cabeza sobre el pecho como si no pudiese con la honda pesadumbre de las ideas que se atropellaban en su imaginación; agitábasele todo el cuerpo y golpeaba con los pies nerviosa é

impaciente la arena. — «¿Qué estará diciendo ese bárbaro?» — me preguntó. A la postre le irritó el silencio de su amada y levantó con imperio la voz:

— Pero contesta... ¡pareces tontal!

La Muñeca hizo un esfuerzo, se irguió, moduló no sé qué cosa apagada y dobló otra vez la cabeza sobre su seno de virgen. Esto se repitió una porción de veces. El la increpó con rabia:

— ¡Contesta, dígo!

Y ella sin deshacer la postura:

— No grites... más bajo.

— ¿Pero vas á estar burlándote toda la vida de mí?

Junto las manos, y retorciéndolas como si sufriese un espasmo doloroso, replicó:

— No sé... no sé...

¡Ah, el pífido! Fingió quejarse; su acento tenía todas las inflexiones, todas las tristezas del dolor desengañado: «Ya sé que no me quieres, lo sospechaba...»

La Muñeca se incorporó radiante de frenesí; le miró cara á cara, con la boca húmeda, empañados los ojos:

— Pero eso es horrible, — dijo.

— Mejor será que todo concluya.

— Te amo.

— Sí, sí, decirlo cuesta poco... pero ya ves... ¿te figuras que soy tan tonto que me fie de palabras? Tú te habrás dicho: «casémonos.» ¡Si se pudiera deshacer el matrimonio tan fácilmente como se hace! Pero yo no me entregaré sino bien seguro de la felicidad... y contigo, contigo ya sé que es imposible.

Y se levantó el malvado, diciendo secamente:

— ¡Adiós!

La Muñeca extendió el brazo, hizo presa en la americana, le atrajo rala-

biosamente, se levantó también, vaciló un momento y murmuró casi desfallecida:

— Bueno... haz lo que quieras de mí.

Y echó á andar, recogiendo con graciosa coquetería las faldas, y volviendo la cabeza recelosa y tímida para ver si yo dormía aún. Pudo oír á Francesco que le decía:

— Mañana á estas horas... tenlo todo preparado, ¿sabes?

III

Al día siguiente dije á mi amigo: «eres un infame»; él se echó á reír y me invitó á que volviese por la noche á los jardines. Fué: ya estaban ellos en el banco: me pareció la Muñeca más pálida y ojerosa; dírase que había llorado mucho ó que tuvo fiebre: iba vestida de negro con mantilla y pañolón, como dispuesta á un viaje, y manejaba un hatillo.

— ¡Holal... se la lleva, pensé.

Al sentarme yo hizo un mohín de disgusto. Estaba desconocida; debían saltarle los nervios, porque hablaba mucho y locamente, como si quisiera embriagarse en fuerza de hablar. La noche anterior no me había acordado de mi *Muñeca*, pero ahora la veía claramente... y confieso que ya no se parecían: la de Francesco habíase humanizado más; la mía era más ideal que nunca; era ya como sombra vaporosa, impalpable, muy lívida y muy triste, que está á punto de desvanecerse. Y explicaré el caso á los que crean que me gusta jugar á los fantasmas: no había en aquella viñicilla más que el reflejo de mis tristezas y de mi desilusión. ¡La Muñeca de Francesco era ya mujer como todas, que caía en el prosaísmo del amor por el lado más vil y estúpido, enamorada locamente de un manco forzudo como un gañán, bajo y rechoncho, cara limpia de pelo por lo afeitada, gruesas las facciones y los ojos apagados! ¿Qué había visto en él la Muñeca para enamorarse? Precisamente, por lo vulgarote del tipo, habíame yo encariñado con la idea de una mujer fina, dulce, más nervio que fibra, más espíritu que nervio, ¡y ahora sólo veía carne apasionada de la carne soez! No había en Francesco, figura de Sancho vestida de señor, el más ligero tinte de belleza física ni moral que justificase y poetizara el sacrificio ó la abnegación de la mujer. Faltaba, pues, el medio ambiente y mi *Muñeca* se borraba, se perdía como ensueño ó como una nube de humo en lo azul...

De estas abstracciones me distrajo la voz aflautada y alegre de Francesco:

— Te traigo un regalo, — dijo.

— ¿Un regalo? — preguntó la Muñeca. — Y casi al mismo tiempo, pensé yo:

— ¡Un regalo! Ah, tuno... ¡La escuela de todos los seductores!

«Si, le traía un regalo de inestimable valía; lo más delicado y más rico que podía ofrecerle en semejantes circunstancias...»

— No grites... más bajo, — repitió ella.

Pero él, que no estaba coloradote como la víspera, y que además tenía empeño en que yo le oyese, haciendo un gesto teatral y diciéndolo muy grave, exclamó:

— ¡Te devuelvo... tu palabra! No quiero que padezca tu decoro.

No sé lo que pasaría por la Muñeca; fué acción rápida como el pensamiento. La vi levantarse y hacer primero un mohín de desdén indecifrable, encogiéndose de hombros; la vi en seguida ponerse roja de vergüenza, y á poco cuasi verde de rabia; la vi en seguida mirada que llegaba á la carne como punta de alfiler, aparecía radiante por el fuego de la indignación; revolvió nerviosamente el hatillo entre sus manos. Y todo fué breve como relámpago de luz. Sin decir palabra, muda, pero con aquel gracioso encogimiento de hombros; con aquel fruncir de cejas contrariado; con aquel repliegue de labios que era mueca divina de desprecio; con aquella soberbia figura del orgullo herido, echó á andar despaciosamente, tranquila, sin desmayos en aquel gentil despego intraducible, sin volver un punto la mirada atrás ni dar un traspasé que acusara vacilación en aquella voluntad formidable que era puro nervio.

Vi con asombro como se alejaba: no había imaginado jamás una muñeca así, y aunque me exponga á las muecas irónicas de los lectores, confesaré (y juro que es verdad) que en aquel punto mi *Muñequita* volvió á salir de su escondrijo (mi mente), otra vez como radiación de luz, y observé que se alejaba en pos de la realidad, hasta confundirse con aquella mujer que desaparecía detrás de los árboles, evaporándose como un perfume más.

— Esto es hecho — dije á Francesco, — nos quedamos sin Muñecas.

J. F. LUJAN





Exposición Róbera (Escudellers, 5, 7 y 9).

PAISAJE



DIONISIO BAIXERAS

RECORDANDO EL TIEMPO VIEJO

Exposición Róbera (Escudellers, 5, 7 y 9).